

HOMENAJE A GERMANA FERNÁNDEZ

Estimado Equipo de Eco Pampino:

Atendiendo a la idea de rendir un homenaje a Germana Fernández, a través de testimonios de sus amigos y conocidos, me decidí a escribir estas líneas desde el sur de Alemania.

Aunque nació y creció en Iquique, mi deseo de llegar a ser periodista me llevó a Antofagasta, para estudiar en la Universidad del Norte.

En 1992, cuando cursaba el segundo año de la carrera, me acerqué, junto a mi compañera Silke, a la Librería Universitaria, por ese entonces en el centro de la ciudad. Nuestro propósito era material acerca de la obra de José Victorino Lastarria. Al entrar en la librería, de inmediato nos llamó la atención el lugar, qué más que un local comercial parecía el living de una casa. Sólo faltaban los sillones. Allí, además de Germana trabajaban Fernanda y Pacia, la primera sobrina de Germana. En aquel tiempo Germana cuidaba de su anciana madre, una mujer silenciosa que se limitaba a mirar a los clientes habituales y a quienes llegábamos por primera vez a la librería.

Los libros que pudimos encontrar estaban fuera de nuestro escaso presupuesto de estudiantes y tras intercambiar un par de impresiones acerca del profesor que nos encargó el tema, Germana nos invitó a pasar el fin de semana por su casa, donde tenía mucho y mejor material, él que, por ser propio, nos podía prestar.

La forma tan desinteresada y espontánea del ofrecimiento nos dejó perplejos, pero felices. Con una puntualidad poco acostumbrada en nosotros, acudimos a la cita. Nos recibió junto a su impresionante mascota, un enorme gato cruzado, según nos explicó, de gato salvaje y casero, con orejas puntiagudas y una cola muy corta. “Es mi regalón”.

El cuarto, contra todo lo esperado, tenía escasos libros. Tras definir, o mejor dicho definió Germana, por que lado deberíamos abordar el estudio, desapareció y tras un par de minutos volvió cargada de textos que, por el color de las páginas y el tipo de tapas, se trataban sin duda alguna de libros bastante antiguos. Germana sabía exactamente donde estaba lo que necesitábamos, abría los volúmenes como si tuvieran marcadores y observamos que las anotaciones en los bordes casi competía en extensión con lo impreso en las hojas. Por supuesto con esta ayuda nos fue más que bien en el trabajo; pero lo más importante fue que allí nació una amistad de esas que sólo la muerte puede terminar.

Germana se convirtió en nuestra protectora (nos buscaba trabajos esporádicos cuando necesitábamos dinero y hasta nos lo prestaba si la urgencia era mucha). También nos regaló valiosos y discretos consejos y hasta se hacía el tiempo, que siempre le faltaba para todo lo que quería hacer, y nos cuidaba a nuestro primer hijo, Simón. Lo dejábamos en la librería por un par de horas para ir a la universidad o al trabajo y notábamos en su entusiasmo por quedarse, que lo pasaba mejor que en cualquier parque.

HOMENAJE A GERMANA FERNÁNDEZ

En lo político siempre fue de izquierda y era muy hábil en sus análisis, además de manejar el arte de los contactos y las influencias de una manera tan sutil que lograba que casi nadie se sintiera pasado a llevar. Sus directas e indirectas fueron de gran ayuda cuando tuve el honor de ser elegido como presidente de la Federación de Estudiantes de la Norte.

A ella le debemos, en nuestro paso por Antofagasta, muchas alegrías e interesantes amistades y conocidos del mundo político, cultural, artístico, poblacional y alternativo de la zona. De ella conservamos, además de su sabiduría y buenos consejos, imborrables momentos compartidos en cenas, fiestas, lanzamientos de libros y otras tertulias, en donde con su cautivadora voz y sus inagotables temas, siempre estaba rodeada de amigos y amigas, muchos de ellos, como nosotros, jóvenes.

En lo material, conservamos muchos libros que compramos cuando la situación lo permitía. Lecturas recomendadas por ella y que hacen que nuestra pequeña biblioteca no sea una mera ornamentación sino un punto de partida y apoyo para todos quienes deseen asomar la cabeza por sobre la masa.

Tuve la suerte de entrevistar a Germana para un trabajo de radio en la universidad. Conservo la casete original, en donde es posible escucharla contando como conoció al amor de su vida, el poeta Mario Bahamóndez, de sus encuentros con Pablo Neruda, Víctor Jara, Roberto Parada, Pato Manns y tantos otros reconocidos personajes.

La última vez que la vimos fue el 2003, cuando viajamos desde Alemania al norte de Chile para visitar a familiares y amigos. Nada en ella dejaba notar que se estaba gestando esa injusta enfermedad que es el cáncer. Lo pasamos muy bien y sólo lamentó que hubiéramos dejado a nuestro hijo en Iquique, pues tenía muchas ganas de volver a verlo. Le prometimos que en agosto de 2005 volveríamos con él y desde aquel entonces hasta poco antes de su muerte, el teléfono nos acercó y mantuvo al tanto de todo... menos de su mal.

No sabemos si la distancia física o lo inesperado de su muerte no nos permite aún asumirla en toda su dimensión. Cuando hablamos de ella lo hacemos como si estuviera viva, como si en el próximo viaje a Chile nos volveremos a juntar para conversarnos unos mariscos y pescados; en fin, como si la muerte no alcanzara a personas como Germana. Quién sabe, tal vez sea así, después de todo ella siempre hablaba de sus muertos como si sólo hubieran salido por un tiempo y ella se encargara de mantenerlos en la mente de todos hasta que volvieran. Así hay que hacerlo con ella, amigos no faltarán, ni menos temas.

Robinson Carvajal y Silke Heckeke.

Alemania, enero 2005.